



DIOS SE DESPIERTA A SÍ MISMO EN MÍ

Por Ada Albrecht

Cierta vez, hace ya mucho tiempo, me confesaba un discípulo:

—Siempre estoy preso de la melancolía y la tristeza. Cuando creo vencer a este ego empecinado y tenaz, se levanta de nuevo y reconstruye su cuerpo infernal con las negras cenizas de sus despojos anteriores. Apenas me doy cuenta, y ya lo veo nuevamente erguido ante mí, presentándome batalla. Estoy en lucha con él, y jamás logro vencerlo definitivamente. ¡Cuán difícil es abandonar la ilusión del mundo, cuán arduo el camino hacia Dios, y qué dificultoso lograr la purificación interior, la liberación de tantos males!

Cuando se alejó quedé pensativa, creo que triste. Triste porque el peso de su dolor estaba ahora también en mí. Me dije:

—¿Realmente debemos hacer de la vida un constante campo de batalla? En una guerra los soldados llevan sus bayonetas y ametralladoras. Viven en estado de zozobra, y no tienen ni

un minuto de paz. Temen morir a cada instante. Si la guerra dura mucho, estarán así hasta que un proyectil o una esquirra, o lo que fuese, le cierre para siempre los ojos.

Me pareció entonces que no comprendemos correctamente el camino de la espiritualidad. Creemos que debemos librar una guerra contra el ego, pero no debe ser así. Tenemos ideas muy extrañas y asombrosamente pueriles sobre el sendero espiritual. ¿Tengo que buscar a Dios como si fuera un objeto perdido? Sabemos muy bien que esta pregunta se la han hecho miles de filósofos. Pocos encontraron la solución, y esto, porque al ser humano le agrada profundamente el sufrimiento. Repito, aunque nos parezca un absurdo, al ser humano le agrada sufrir, y carga con un innato complejo de culpa. Él es la causa de cuanto deterioro moral existe en el universo. El “mea culpa” no es tan sólo frase de Occidente. Ese “mea culpa”, se halla en todas las criaturas de esta tierra. Siempre ha sido así. Y por ello, difícilmente encontremos a una persona feliz, y es porque el ser humano feliz está desnudo ante Dios, no se arroja con ningún conocimiento, su intelecto no trabaja, está quieto en la luz, y por lo tanto, no se transforma jamás en un fabricante de sombras.

El ser humano no puede llamar a Dios, ni con sus buenas ni con sus malas acciones. Él no puede despertar a Dios en su corazón, sino que es Dios quien se despierta a Sí Mismo en el

ser humano. Es importante entender que Dios se despierta a Sí Mismo en mí. Sólo entonces ese “mí” desaparece. Sólo entonces ese “mí” se aleja, pierdo mi identificación con él, pierdo mi identificación con todas las cosas, y dejo de ser, para Ser. Yo simplemente tengo que saber esperar, tengo que entender que esa espera es una fiesta; puede durar diez años, un año, mil vidas, pero siempre esa espera será una fiesta, porque no hay regocijo más inefable que el que nos produce el aguardar la llegada del Amor. En esa espera consciente y feliz desaparecen las “mea culpa” y queda sólo el brillo glorioso de la certidumbre que nos dice que por cada minuto transcurrido de nuestra vida —ya sea que seamos virtuosos, pecadores, generosos, avaros, o lo que fuere—, Él se está acercando a nosotros. Todo lo que debemos lograr es simplemente comprender a esa Reina de reinas: la Sagrada Espera. Hemos de aprender a esperar en nuestro interior, en nuestro corazón, en todo nuestro ser, a Aquel que es esencia nuestra, desde el comienzo de los tiempos, Aquel al cual pertenecemos desde siempre. Por supuesto, cuando decimos “espera” estamos muy lejos de la idea usual de esta palabra, porque esa espera no está en el tiempo. Es simplemente una metáfora, el decir que debemos “esperar” un año o mil vidas. Esa espera es el florecimiento de Su Amor en mí; cuando ese Amor florece, Dios se despierta a Sí Mismo en mí. Mientras tanto, cada segundo de mi vida debo poner a Sus

pies el sagrado y humilde obsequio de mi paciencia, pero de una paciencia feliz, una alegre, una bendita paciencia que dice: cuando el amor reine en mi corazón, Tú, Padre Mío, despertarás en él.

Toda filosofía, toda metafísica, tiene que ser constantemente un canto de alegría, un himno al optimismo, porque la filosofía que no enseña a reír, no es filosofía, no es Amor al Conocimiento de Dios, sino una triste lápida que aprisiona al cuerpo de mi anhelo espiritual bajo su losa siniestra. Mientras espero a mi Amado, río y soy feliz. Mi felicidad es tal que los gritos furiosos de las pasiones de mi ego son desoídas porque toda mi consciencia, triunfante en amor, está sujeta a la esperanza de Su llegada. Nada escucho, nada veo, ni el bien ni el mal, ni las ardorosas pasiones, ni la pérdida de fortunas, ni de cuerpos ni de salud ni de enfermedad, nada, nada puede conmoverme, y esto por la simple razón de que tengo la consciencia fija en el sublime Reino de la ansiedad de concretar mi amor con la llegada de Aquel que espero. Esa es la Filosofía: felicidad del Gran Encuentro. Porque, si es realmente Filosofía, ella tiene el deber de enseñarme esa Verdad de verdades, y es que Dios nace, Dios se despierta, Dios aparece, como milagro en mí. Sí... Dios se despierta a Sí Mismo en mí.

Del libro Guía para la Vida Divina, Ed. Hastinapura